

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

El medio hombre
semi bestia

CERCA de un millón de personas han manifestado su malestar ante la inseguridad laboral y la desigualdad de oportunidades educativas. Como procesiones de rogativa, estas marchas cívicas intentan hacer propicios a los dioses seasteantes en el Olimpo del Estado. A quienes esperan despertar de su frívola indolencia con sonoras preces de sumisión y veladas amenazas de huelga general. Después de cinco años de lo mismo, se reproduce el decembrismo del 88. Con una sustancial diferencia. El poder está ahora en el Laberinto de Maastricht. Y el Minotauro europeo exige que se le sacrifique una cuota anual de adolescencia y de vejez. Los dioses españoles no tienen ya los atributos de entonces. Y temen más al monstruo monetario encerrado en el Laberinto que a la rebelión de los mortales bajo su pastoreo. Los líderes sindicales aún no saben que solo una alternativa de poder (Teseo) podrá matar al medio hombre y medio bestia de Maastricht. Tampoco lo saben los que, desde los mandos del Estado y la sociedad civil, temen y se pronuncian contra las manifestaciones en tiempos de crisis. ¿Como si sólo fueran oportunas cuando no son necesarias!

La manifestación es una forma popular de participación en lo público que se condena al fracaso político si triunfa como expresión de un derecho constitucional. Mayo del 68 es elocuente. Basta convocar elecciones, o sea, dispersar en votos personales la concentrada voluntad de cambio, expresada en manifestaciones triunfantes, para sacar de las urnas una voluntad de permanencia o de reacción. Las manifestaciones que consiguieron modificar el equilibrio del Estado canalizaron, hacia fines ilegales, el temor a las masas. La marcha de las mujeres a Versalles (1789) y la marcha sobre Roma (1922) allanaron el camino de la Revolución y del fascismo. De estos célebres acontecimientos proviene el miedo de la memoria histórica a las concentraciones de masas urbanas. Pero el temor a las masas en marcha nunca ha sido, por sí solo, artífice del cambio. Ha de unirse, para eso, a una alternativa de poder dentro del sistema y fuera del régimen. Como ocurrió en Versalles y Roma. Que se apoyaron, doblegándola, en la voluntad del Rey. La prevención contra las manifestaciones es ridícula cuando, como en España, la Jefatura del Estado de partidos se integra en el régimen de poder. La causa de la manifestación no es, como se cree, la protesta que expresa contra el Gobierno, sino la falta de representación política del malestar social.

La «democracia de manifestaciones», como complemento de la electoral, carece de sentido. No, como se ha dicho, porque los manifestantes sean una fracción reducida del pueblo (esto también sucede con la mayoría simple en relación con el censo electoral), sino por la incompatibilidad entre manifestación representativa y representación política. Mayo francés y 14-D español demuestran que la lógica de las manifestaciones de la sociedad civil difiere de la lógica de las representaciones de la sociedad política. No son complementarias porque son divergentes. Una tiende a resolver problemas. Otra, a repartir poder. Las manifestaciones públicas son impresionantes no tanto por el mal social que denuncian, eso se sabe hoy por otros medios informativos, como por la disparidad que revelan entre la potencia del movimiento y la impotencia de su representación. Lo que empuja a manifestarse, lo que ponen de manifiesto las grandes marchas ciudadanas es la inadecuación del régimen político al sistema social. Incorregible, mientras siga viviendo la semibestia del Laberinto y medio hombre mastriquense, que se nutre de los sacrificios humanos que le tributa el Estado de partidos europeos.

TRIBUNA LIBRE

Madrid, la
derecha, Cataluña

[BALTASAR PORCEL]

MADRID, España y Barcelona, Cataluña. Entre el 15% de la IRPF y la «persecución» del castellano como enseñanza, la última campaña ha sido fuerte. Pero sospecho que esto sólo constituyen detalles de un cuadro mayor. En los amenes del franquismo y los inicios democráticos, Barcelona representaba la avanzada en las artes, la europeización sociológica, el indicativo político. Entonces Madrid se hallaba acompañado por la dictadura y rupestizado de celtiberismo, cuando 15 años antes había sido muy potente, consolidado el Estado nacido con la guerra, mientras Barcelona permanecía castigada. Sin embargo, existía una fusión, la «unidad de España».

Con la democracia Madrid hirvió y se recompuso —Rey, UCD, PSOE, la «movida», la Banca, etc.—, pero Barcelona también: el clarinetazo Tarradellas, la tanqueta Pujol, la nominación olímpica, la invasión del teatro en catalán, etc. Y como el Estado es autonómico y el hábito hace al monje, se ha producido entre ambas comunidades un desmembramiento real en espíritu, modos, intereses, pese a que nada resquebraja la unión global.

Pero a Madrid y parte de España le cabrea que la Cataluña en uso de las leyes pretenda erigirse en eje de sí misma, y Cataluña para hacerlo tiene que remar con fuerza alejándose de Madrid. Lo que produce un claro replanteamiento español, simbolizado en ambas capitales, que nos está diferenciando mucho: somos socios, pero ya no her-

manos. Al margen de los líos políticos del momento, de la crisis económica, de mil hechos puntuales, hoy en Madrid interesa muy poco y se conoce aún menos lo que ocurre en Cataluña, más allá de lo pragmático y de lo fantasmagórico, a la par que en Barcelona nos movemos sobre un epicentro que ignora cada vez más a Madrid.

¿Hostilidad? Distanciamiento. Una ojeada a los medios de comunicación de ambas capitales refleja una diferencia abismal en lenguaje, estado de ánimo, inclu-

Y quien parece especialmente incapaz de vislumbrar el futuro es la derecha, mejor dicho, una derecha montañés y un radicalismo fruto de una izquierda defraudada. En España siempre ha habido una derecha inteligente, sensata, pero la que ha solido llevar la batuta, sobre todo en épocas de crisis, ha sido la montañés, agresiva. ¿Estamos hoy en crisis? Porque esta derecha y su alianza radical truenan de nuevo desde medios de información, sectores políticos, baluartes intelectuales, como no lo habían hecho desde que murió el exhausto dictador.

Entonces hubo desde los Blas Piñar a los Fraga, pero no representaban nada relacionado con ningún futuro. Se demostró con Tejero. Los progres —a moro muerto...— magnificaban en la prensa a los ultras, pero el ciudadano ni los escuchaba. Es como ahora los falangistas y franquistas de estos 20-N, exaltada nostalgia marginal en mestizaje con la violencia bruta de los cabezas rapadas.

Dicha —digamos— derecha la ha tomado con el catalanismo porque negocia con el Gobierno y porque pretende establecer como hegemónico el idioma catalán en Cataluña. Como si la Constitución y el Estatut no ampararan las libertades política e idiomática. Pretender que Cataluña exista sólo como elemento menor y dependiente es un proyecto fascista: la imposición chulapona como principio de autoridad. Además, el castellano no es erradicado de Cataluña ni retrocede, pero pierde la hegemonía con que lo consagró Franco, al tiempo que el catalán pretende avanzar para equipararse.

La izquierda hispana, que ha

«Hoy en
Madrid interesa
muy poco
lo que
ocurre
en Cataluña»

so en diversos objetivos generales. ¿Nos perjudica esto? Supongo que sí. Reducirse es malo, y la peor parte debe tocarle al pequeño, Cataluña. Pero la incapacidad de Madrid para entender la nueva España le será igualmente fatal, porque en el espacio abierto europeo le hará perder fuerza, aislándolo: estamos metidos en una carrera sin regreso ni meta y con trabas sólo circunstanciales. La ganará quien sea más inteligente para adivinar qué alianzas le convienen.

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

EL MUNDO y
la «Telebasura»

Sr. Director:
Recientemente, EL MUNDO publicó un extenso y detallado artículo contra ese «cáncer» de las televisiones en España, que se caracterizan por la permanente

programación de pornografía, grosería, mal gusto, violencia y muerte. Para denunciar esta lacra ya se ha acuñado una expresión, que se ha hecho popular: «Telebasura».

Esta programación no sólo ofende los principios y sentimientos muy mayoritarios de quienes profesan la «moral cristiana», sino también de las grandes religiones como el hinduismo, el budismo, el Islam, las religiones primitivas, así como de la gran mayoría de agnósticos y ateos.

Para combatir la «telebasura» no basta el

sollozo ante el muro de las lamentaciones. Hace falta una acción concreta: el boicot a esos programas para que descienda la audiencia. Entre creyentes y no creyentes debería formarse un frente común, que promoviera de modo permanente ese boicot. Si descendiera notablemente la audiencia, la «telebasura» recibiría un golpe eficaz. Los «medios» deberían estimular esta lucha por la dignidad del hombre.

JAVIER MARIA ECHENIQUE
Madrid

Publicidad
«a traición»

Sr. Director:

Hasta ahora estábamos acostumbrados a que las películas fuesen interrumpidas por bloques de publicidad. Si uno no quería «tragarse» los anuncios, bastaba con bajar el volumen o cambiar de canal. Pero para obligarnos a verlos, los señores de Antena 3 han tenido la genial idea de «superponerlos» a las imágenes de la película, dividiendo en dos la pantalla. Con esto, logran dos cosas: por un lado, el anunciante se asegura